

El amor es paciente, es servicial, no es arrogante

Sobre el amor, la paciencia y la humildad en la familia



Colección +breve
Más títulos en masclaro.org/+breve



La palabra «amor» es una de las más utilizadas, pero aparece muchas veces desfigurada. Por eso es valioso detenerse a precisar el sentido de algunas de sus expresiones, para intentar una aplicación a la existencia concreta de cada familia.

Paciencia

La paciencia de Dios es ejercicio de la misericordia con el pecador y manifiesta el verdadero poder.

Tener paciencia no es dejar que nos maltraten continuamente, o tolerar agresiones físicas, o permitir que nos traten como objetos. El problema es:

- cuando exigimos que las relaciones sean celestiales
- cuando exigimos que las personas sean perfectas
- cuando nos colocamos en el centro
- cuando esperamos que sólo se cumpla la propia voluntad.

Entonces todo nos impacienta, todo nos lleva a reaccionar con agresividad.

Esta paciencia se afianza cuando reconozco que el otro también tiene derecho a vivir en esta tierra junto a mí, así como es. No importa si es un estorbo para mí, si altera mis planes, si me molesta con su modo de ser o con sus ideas, si no es todo lo que yo esperaba.

Si no cultivamos la paciencia, siempre tendremos excusas para responder con ira. Nos convertiremos en personas que no saben convivir, antisociales, incapaces de postergar los impulsos, y la familia se volverá un campo de batalla

El amor tiene siempre un sentido de profunda compasión que lleva a aceptar al otro como parte de este mundo, también cuando actúa de un modo diferente a lo que yo desearía

Actitud de servicio

La «paciencia» no es una postura totalmente pasiva, sino que está acompañada por una actividad, por una reacción dinámica y creativa ante los demás. Por eso se traduce como «servicial».

De este modo nos permite experimentar la felicidad de dar, la nobleza y la grandeza de donarse, sin medir, sin reclamar pagos, por el solo gusto de dar y de servir.

Sanando la envidia

La envidia es una tristeza por el bien ajeno, que muestra que no nos interesa la felicidad de los demás, ya que estamos exclusivamente concentrados en el propio bienestar.

Acepta que cada uno tiene dones diferentes y distintos caminos en la vida. Entonces, procura descubrir su propio camino para ser feliz, dejando que los demás encuentren el suyo.

El amor nos lleva a una sentida valoración de cada ser humano, reconociendo su derecho a la felicidad. Esta misma raíz del amor, es lo que me lleva a rechazar la injusticia de que algunos tengan demasiado y otros no tengan nada. Además es lo que me mueve a buscar que también los descartables de la sociedad puedan vivir un poco de alegría. Pero eso no es envidia, sino deseos de equidad.

El amor no es sólo un sentimiento, sino que se debe entender en el sentido de «hacer el bien». Como decía san Ignacio de Loyola, «el amor se debe poner más en las obras que en las palabras»

Mientras el amor nos hace salir de nosotros mismos, la envidia nos lleva a centrarnos en el propio yo. El verdadero amor valora los logros ajenos, no los siente como una amenaza, y se libera del sabor amargo de la envidia

Sin hacer alarde ni agrandarse

Quien ama sabe ubicarse en su lugar sin pretender ser el centro. El amor no es arrogante.

Es importante que los cristianos vivan esto en su modo de tratar a los familiares poco formados en la fe, frágiles o menos firmes en sus convicciones. A veces ocurre lo contrario, se vuelven arrogantes e insoportables.

La lógica del amor cristiano es: «el que quiera ser el primero entre vosotros, que sea vuestro servidor». En la vida familiar no puede reinar la lógica del dominio, o la competición para ver quién es más, porque esa lógica acaba con el amor.

También para la familia es este consejo: «Tened sentimientos de humildad unos con otros, porque Dios resiste a los soberbios, pero da su gracia a los humildes».

Alegrarse con los demás

Cuando una persona que ama puede hacer un bien a otro, o cuando ve que al otro le va bien en la vida, lo vive con alegría, y de ese modo da gloria a Dios.

Si no alimentamos nuestra capacidad de gozar con el bien del otro y, sobre todo, nos concentramos en nuestras propias necesidades, nos condenamos a vivir con poca alegría.

Algunos se creen grandes porque saben más que los demás, y se dedican a exigirles y a controlarlos. En realidad lo que nos hace grandes es el amor que comprende, cuida, protege al débil.

La actitud de humildad es parte del amor, porque para poder comprender, disculpar o servir a los demás de corazón, es indispensable sanar el orgullo y cultivar la humildad

La familia debe ser siempre el lugar donde alguien, que logra algo bueno en la vida, sabe que allí lo van a celebrar con él